

novela **frivola**
Cinematográfica



N.º
7

Todo por un beso

POR

Ruth Elder y Richard Dix

30
cts

SLOANE, Paul

La Novela Frívola Cinematográfica

Publicación semanal de películas frívolas

Año I Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE N.º 7

Too Many Kisses, 1925

Todo por un beso

Delicioso asunto, interpretado por

* Ruth Elder y Richard Dix

WILLIAM POWELL



Es un film **PARAMOUNT**

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91

BARCELONA

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis • BARCELONA

Postal obsequio: MARIE PREVOST

Todo por un beso

Argumento de la película

I

Mike Moran era un muchacho afortunado. Joven, rico, bien parecido, simpático, elegante... Triunfaba como deportista, triunfaba con las mujeres, triunfaba como bailarín...

Pero ¡ay! aquello había terminado. Su tío, el millonario, que le suministraba todo lo necesario para llevar aquella espléndida vida, al ver que Mike, en vez de hacerse hombre de provecho, era cada vez más calavera, le había enviado un *ultimátum* telegráfico que hubiera aterrado a cualquiera. En él, con terrible concisión, le ofrecía una oportunidad para redimirse de su disipada vida, acompañándole a China, donde iba a emprender importantísimos negocios. Allí, Mike podría convertirse en una de las primeras firmas del comercio mundial y conquistaría, además de una fortuna, el respeto y la consideración de todos.

Mike, después de pensarlo mucho, comprendió que no tenía más remedio que seguir a su tío a la China, pues, de lo contrario, se convertiría en uno de esos parásitos de la buena sociedad que pululan por todas las grandes capitales, y habría de vestirse con los trajes viejos de los amigos, y las que antes fueron sus rendidas amigas le tendrían ahora por un insoportable pelma.

Por consiguiente, envió a su tío un telegrama de aceptación y su tío respondió con otro, diciéndole que partía inmediatamente de Nueva York para reunirse con él en San Francisco.

Mike quiso despedirse de sus amigos y les invitó a cenar en el restaurante más lujoso y más frívolo de California. Allí les dio cuenta de su determinación y de las causas que lo movían a tomarla.

Pero el demonio andaba cerca. El restaurante estaba animadísimo y no había un solo bolsillo que no llevara el contrabando de una botella. Abundaban las mujeres hermosas y los *gentlemen* embriagados, la luz y las espaldas desnudas. Un *piquete* de muchachas vestidas con un palmo de tela bailaban números de revista al compás de una música alegre. A un temperamento como el de Mike le sería difícil salir con bien de allí.

En efecto, en seguida se le presentó ocasión de meterse donde no le llamaban. Cerca de la gran mesa en que ellos cenaban había una pareja—novios o cónyuges—cuya mujer llamaba la atención por su extraordinaria hermosura. Era muy joven y muy gentil. Sus ojos rasgados y sombríos no podían mirar sin despertar

pasiones. Cien miradas masculinas se encontraban en ella.

De súbito, un hombre que no acertaba a poner un pie delante de otro se acercó a ella dando tumbos y comenzó a requebrarla, sin preocuparse del caballero que la acompañaba. Este trató de alejarle, pero como no lo consiguiera, resolvió dar cuenta al encargado del restaurante y fué en su busca.

El audaz aprovechó esta circunstancia para requebrar más expresivamente aún a la dama, y tan de cerca, que dos veces estuvo a punto de caer sobre ella en dos oscilaciones provocadas por la embriaguez.

Mike, sin vacilar, se dirigió hacia el seductor, le cogió del brazo y se lo llevó a la cabina del teléfono, dejándolo allí, cerrado con llave. Cuando regresó, la joven de ojos extraordinarios le ofreció su mano y le dió las gracias. Cruzaron algunas palabras y ello fué suficiente para que los dos sintieran el tener que interrumpir la conversación cuando llegó el caballero que había ido en busca del encargado del restaurante.

Al volver Mike al lado de sus amigos ya no se sentía tan resignado a partir para la China. En la China estaba el trabajo; en San Francisco estaba el amor. Aquellos hombros, aquella pierna fina, pero no delgada, de trazos suaves, pero firmes, que ahora entreveía por debajo de las mesas, habían despertado en él un sentimiento de nostalgia por todo aquello que todavía no había perdido.

Entretanto, el "castigador" que estaba encerrado en la cabina del teléfono, tiraba en vano

de la puerta y profería palabras duras y coléricas. Al fin, desesperado, descargó una patada al cristal de la puerta, abriendo en él un gran boquete, por el que pudo salir.

Dando tumbos, recorrió todo el restaurante, en busca del que le había encerrado. Cuando le vió lanzó una interjección sólo para hombres y se abalanzó sobre Mike.

Mike, que era un excelente boxeador, evitó el golpe y le lanzó un directo flojo, del que el agresor fué a parar a la puertecilla de un reservado próximo. La puertecilla se abrió y el borracho desapareció por ella.

Salió al punto acompañado de los que ocupaban el recinto, los cuales, de un tremendo empujón, le enviaron, primero contra un caballero que pasaba; después, contra un camarero, y, finalmente, contra una mesa. El caballero, el mozo, la mesa y sus ocupantes rodaron por el suelo y éste fué el principio de una batalla campal, que nos evitaremos de describir, remitiendo al lector al 14 de diciembre en Rusia.

Cuando más encarnizado era el combate, apareció la policía porra en ristre.

Mike miró hacia el punto donde estaba la dama y no vió ni rastro de ella. Comenzó a buscarla abriéndose paso con los codos entre el embravecido mar humano y quiso el azar que la viera escapar al apacible vestíbulo. También él consiguió ganarlo y se acercó a ella para ofrecerle su ayuda.

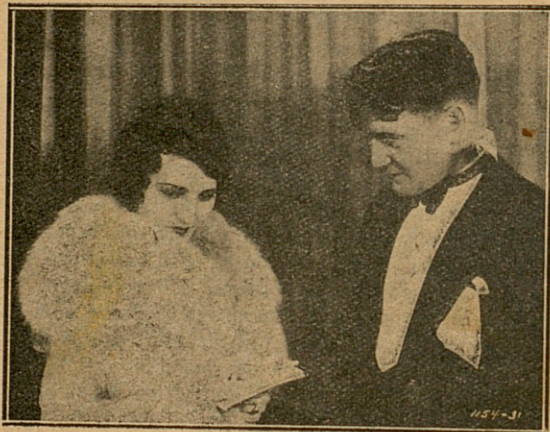
—Gracias—repuso la dama—. Por dos veces ha puesto usted esta noche su valor a mi servicio. Eso no se olvida fácilmente.

—Si usted no me olvidara, yo me consideraría el hombre más feliz del mundo.

—Le aseguro que desde la lejana China tendré siempre para usted un buen recuerdo.

—¿Cómo? ¿Se va usted a China?

—Sí. Y estoy segura de que aquello me pare-



—Si usted no me olvidara, yo me consideraría el hombre más feliz...

cerá un remanso de paz comparado con San Francisco.

—¡Qué casualidad! Yo también partiré un día de estos para China.

Muy contentos por la coincidencia, se estrechaban las manos, cuando apareció el novio—ahora estaba seguro Mike de que no era más que novio—de la dama.

—Huyamos antes de que la policía nos molesté—dijo.

Y cogió de un brazo a su novia y se la llevó.

Inmediatamente notó Mike que una mano vigorosa se posaba sobre su hombro.

—Queda usted detenido.

Se volvió, sorprendido y contrariado, y vio que el policía sujetaba también por el brazo a Swatty, su más infeliz y querido amigo entre todos los que habían asistido a la cena.

II

Al verse en una celda de la cárcel, Swatty estaba desconsolado.

Mike trataba de tranquilizarle.

—¡No te apures, hombre! Cuando mi tío se entere de que estamos aquí, nos sacará al instante.

—Pero ¿y después? Tú, el único amigo que me protege, te vas al otro lado del mundo. ¡No sé qué va a ser de mí!

—Tranquilízate. Vendrás conmigo. Mi tío te protegerá.

—¿De veras?

—Tan de veras como que tú y yo vamos a salir de aquí inmediatamente. Voy a telegrafiar a mi tío.

Pero el tío, al enterarse por los periódicos de los bélicos acontecimientos que habían motivado la detención de Mike en un restaurante alegre, no sólo se negó a intervenir para sacarle de la cárcel, sino que le retiró la protección que le había ofrecido.

Al recibir estas noticias, Swatty estuvo a punto de echarse a llorar y Mike descargó un iracundo puñetazo sobre el banco que les servía de asiento.

—El caso es—exclamó—que ahora tengo necesidad de ir a China.

—¡Qué desgraciados somos!

—¡Pues no, señor! ¡No somos desgraciados! Iremos a China.

—¿Cómo?

—Alistándonos en el ejército. Allí hacen siempre falta soldados americanos.

Lo convinieron así y al cabo de diez días, cuando hubieron cumplido su condena, se alistaron en el servicio militar.

En seguida tuvieron ocasión de experimentar lo rudo del servicio, pero ellos lo soportaban con resignación porque sabían que su regimiento partiría para China en el plazo de un mes.

También tuvieron la desgracia de tropezar con un sargento desalmado, y esto les hacía la vida mucho más cruel. El sargento les obligaba a trabajar sin descanso y duramente.

Un día, Mike, harto de rancho, preparó una escapada.

—Esta noche—dijo a Swatty—me vestiré de paisano y cenaré en el mejor hotel de la ciudad. He vendido mi última joya y llevo bien provisto el bolsillo. Me imaginaré que sigo siendo el que era antes de ingresar en el ejército.

En efecto, eligió el mejor traje de los tres que guardaba y se escabulló cuando las sombras de la noche le aseguraron la impunidad.

Hecho un verdadero *dandy*, se fué al mejor hotel de San Francisco, como había anunciado,

y comió para una semana en el aristocrático comedor, entre espaldas desnudas, abundancia de luz, perfumes y melodías de violines.

Pasó después al salón de baile y allí ¡oh sorpresa! se encontró con la dama en que no había dejado de pensar un instante desde la memorable noche de la batalla campal.

Con la misma emoción y la misma avidez que si no hubiera visto ninguna otra mujer en la vida, se fué hacia ella y la saludó.

—¿No me recuerda usted, señorita?

—Le prometí recordarle. Este fué el pago que le dí por su ayuda.

—¡Qué sorpresa tan agradable! Yo creía que estaría usted ya en China.

—Eso mismo creía yo de usted. Me pareció oírle decir que iba a partir en seguida.

—Eso pensaba... pero el trabajo... los negocios...—dijo Mike audazmente

—¿Tiene usted negocios?

—Sí. Me dedico a tender vías férreas.

—Debe usted estar satisfecho de sí mismo. Tan joven y tener ya negocios tan importantes.

—Verdaderamente, no puedo quejarme de mi suerte. En América hay muchos millonarios, pero muy pocos tan jóvenes como yo.

Sonó en esto la música y, como estaban los dos de pie y muy cerca el uno del otro, no tuvieron más que enlazarse con los brazos para bailar.

Durante el baile, Mike no se sació de aspirar el perfume de aquel cabello, de sentir cerca del suyo las palpitaciones del cuerpo femenino, de mirar aquellos hombros desnudos y aquella nuca magnífica y aquellos ojos mareantes.

—Me parece conocerla ya de toda la vida—dijo él de súbito—y todavía no sé cómo se llama.

—Me llamo Viviana Marshall. ¿Y usted?

—Mike Moran.

Bailaron un instante en silencio y Moran preguntó:

—Perdón si le parezco curioso, pero ¿quién era aquel caballero que la acompañaba la noche famosa?

—Mi novio.

—¿Su prometido?

—Nada más que mi novio.

—¿Le ama usted mucho?

—Señor Moran, va usted demasiado lejos con sus preguntas.

—Perdón.

Y dieron algunos pasos más en silencio.

—Sin embargo—añadió inopinadamente el joven—, si va usted a China tendrá que separarse de él.

—No, señor. Es redactor de un periódico muy importante y ha conseguido que le envíen a China como corresponsal.

—¡Qué lástima!

Viviana quiso demostrar enojo por el atrevimiento, pero le había hecho gracia el tono en que Mike lanzó la exclamación y se echó a reír.

Terminó el baile en este momento y Viviana trató de impedir que la conversación continuara por aquel camino peligroso.

—Venga usted. Le presentaré a mi padre y a mis amigos.

Y le condujo a una mesa que estaba rodeada por varias personas de edades y sexos distintos.

Segundos después, se habían corrido por el salón las voces de que Viviana había encontrado un millonario. Uno le llamó multimillonario y otro le atribuyó todos los ferrocarriles del Extremo Oriente.

Mike fué de grupo en grupo distribuyendo apretones de mano y sonrisas.

De súbito, algo le obligó a detenerse en seco. Había visto un uniforme, y nada menos que de general.

Y lo terrible fué que Viviana le dijo, señalando al uniforme:

—Venga usted. Le presentaré a mi papá.

Mike no supo qué hacer ni qué decir. Fué a buscar una excusa, pero comprendió que con ello no lograría sino agravar la situación. Hizo un esfuerzo y dijo:

—Con mucho gusto.

Cuando el general, llamado por Viviana, volvió la cabeza, Mike pidió al cielo que abriera la tierra bajo sus pies. Conocía al general y el general, seguramente, le conocería a él. Sí, sí, le conocía. El general tenía muy buena memoria. Le miraba fijamente, como queriendo recordar.

—El señor Moran... Mi padre, el general Marshall.

—¡Caramba, caramba! A mí me parece conocerlo a usted. ¿Ha estado, acaso, en el servicio? Mike sonrió trémulamente.

—No, señor. ¡Ojalá! Me gustaría mucho ser soldado.

—Es dueño de varias compañías de ferrocarriles en el Extremo Oriente—dijo Viviana.

—¡Caramba! ¡Qué casualidad! Hacia allí vamos nosotros. ¿Tendremos el gusto de verlo?

—Seguramente.

Continuaron hablando y, al despedirse, dijo el general:

—Mañana, a las once, tenemos revista. ¿Por qué no asiste usted a ella?

—¡Vaya si asistiré!—exclamó con plena convicción el joven.

Después volvieron al salón de baile y otra vez la conversación entre Mike y Viviana se deslizó por un camino peligroso.

Fué una noche feliz.

“Mi última noche feliz”, pensó Mike.

III

Al día siguiente, el de la revista, Mike no cesó de cavilar hasta que halló la forma de no asistir a ella.

Se pondría enfermo. ¿Cómo? Eso sólo lo sabrían Swatty y él.

Media hora antes de dejar la cama, ya lo tenía Swatty todo preparado. Comenzó por aplicar a Mike sobre el vientre una botella de agua caliente y, cuando estaba casi ardiendo, fué a decir al sargento que su compañero se había puesto malo. Como era la hora de levantarse, el sargento no se resignó a dejar en la cama a su rival y subordinado y dió parte al médico, con la esperanza de que éste le hiciera levantar.

Pronto acudió el galeno. Mike estaba tapado hasta la boca para que el calor de la botella no se escapara. Introducir la mano entre las ropas

de aquel lecho equivalía a meterla en un horno.

El médico comenzó por tomarle la temperatura, en presencia del sargento, que esperaba anhelante el resultado de la consulta, y cuando se dirigió con el termómetro a la ventana próxima, quedó aterrado.

¡Cuarenta y cinco grados de calentura! Jamás había visto cosa igual. Dudando de que aquello pudiera ser verdad, volvió a ponerle el termómetro y entonces creyó enloquecer; tal fué su asombro y su desconcierto. ¡El enfermo sólo tenía treinta grados de temperatura!

Era que Swatty, aprovechando el momento en que el sargento y el doctor se habían dirigido a la ventana, cambió la botella de agua hirviendo por un trozo de hielo.

Naturalmente, Mike temblaba. El doctor lo veía y, como antes había comprobado por el tacto que estaba ardiendo, se dijo que jamás había ni siquiera sospechado que existiese una enfermedad tan extraña.

—Este hombre está gravísimo—dijo al sargento en voz baja—. Que no se mueva de la cama. Daré orden en seguida de que lo trasladen al hospital.

El sargento, muy contrariado, le acompañó hasta la puerta y volvió al lado del enfermo. En este momento, Mike y Swatty estaban ocupados en desembarazarse del trozo de hielo, pues creían que el sargento se había marchado con el doctor, de modo que fueron sorprendidos con las manos en la masa.

El sargento les dirigió una mirada feroz y ellos no supieron dónde mirar. Mike se quedó

mucho más frío que cuando tenía el hielo sobre el vientre.

—¿De modo que primero 45 grados y después 30? ¡Muy bien! ¡Pero que muy bien!... Ya está usted levantándose si no quiere que le obliguen a hacerlo mis disciplinas.

Y, para demostrar que estaba dispuesto a todo, descargó en la cama un tremendo puntapié.

* * *

Cuando estaba formado para la revista, Mike no hacía sino mirar hacia el camino por donde sabía que había de llegar el general.

Pronto pudo convencerse de que no había remedio para el terrible trance. El general se acercaba, acompañado de su hija, del novio de ésta y de casi todos los amigos que Viviana le había presentado la noche anterior.

Al ver al general, el sargento dió a sus soldados instrucciones rápidas y rigurosas. El primero que se moviera de la posición de firmes recibiría inmediatamente cuatro tiros.

Mike no oyó la orden. Sólo tenía sentidos para mirar a Viviana y a sus acompañantes, que venían desde el extremo de la fila haciendo comentarios burlones sobre los pobres soldados.

Ya estaban más cerca... más cerca aún... ya llegaban...

Mike miró a un lado y a otro, vió que a sus espaldas había una pequeña tienda de campaña y, aprovechando un descuido del sargento, se introdujo en ella.

Inmediatamente se dió cuenta el sargento de

que faltaba un individuo en la fila y de que aquel individuo era Mike.

Miró a un lado y a otro buscando el lugar en que hubiera podido esconderse y vió de pronto que la tienda echaba a andar.

Mike, no contento con estar oculto, quería alejarse de aquel lugar peligroso.

El general y sus ayudantes se detuvieron para ver lo nunca visto—una tienda que andaba sola, —y el sargento, comprendiendo que estaba en ridículo, pues era uno de sus subordinados quien estaba haciendo reír a los acompañantes del general, sobre todo a su hija, dió con voz terrible el grito de:

—¡Alto!

La tienda de campaña se detuvo.

—¡Media vuelta a la izquierda! — volvió a gritar el sargento.

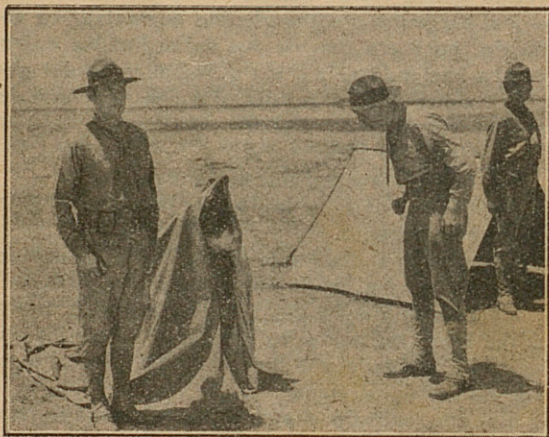
Y la tienda obedeció, entre las risas de la hija del general y de sus amigos.

Cuando la tienda hubo llegado al sitio que a Mike le correspondía en la fila, el sargento descubrió al soldado y entonces la risa se apagó en los labios de Viviana.

Lo que sucedió después fácil es imaginarlo. Viviana se separó de sus amigos para echarse a llorar donde nadie la viera. Los amigos hicieron irónicos comentarios acerca del "millonario del Extremo Oriente" y éste fué arrestado por el sargento.

IV

Cuando Swatty llegó, encontró a Mike sentado en la cama y con semblante tan triste, que no pudo menos de comentar:



...el sargento descubrió al soldado...

—¡Cualquiera diría que estás enfermo!

—Si pudiera hablar con ella, amigo Swatty, le explicaría todo lo que me sucede, y estoy seguro de que me comprendería...

—No pienses en ello, Mike. Un simple soldado no puede hablar con la hija de un general, y mucho menos amarla.

—Esa es mi desesperación.

Este diálogo fué interrumpido por el sargento, el cual dió a Mike esta tremenda orden:

—El general se ha quedado sin asistente. Vaya usted a sustituirle.

En vez de disgustarle, le alegró la orden. Ya no le importaba que Viviana le viera vestido de soldado, puesto que ya sabía que lo era. En cambio, deseaba poder hablar con ella para darle algunas explicaciones que juzgaba necesarias si quería que aquella mujer conservara de él un buen recuerdo.

El general estaba ausente; había ido a preparar la marcha de las tropas a China. Por lo tanto, era Viviana la única dueña que Mike tenía entonces.

Viviana estaba indignada, pero no precisamente contra Mike, sino contra todo y contra todos. Ni ella misma se libraba de su propia indignación. Al ver que Moran era un simple soldado hubiera querido detestarle, pero no lo conseguía. Le atraía igualmente vestido con la guerrera que con el smoking. Esto era lo que la ponía fuera de sí. Se sentía humillada al simpatizar con un joven de tan pobre condición.

Cuando supo que lo tenía a su servicio, su nerviosismo aumentó. Por la tarde, después de comer, no pudo resistir la tentación de ir adonde sabía que había de encontrarle solo.

Estaba en el comedor levantando la mesa.

Esforzándose por hablar duramente y sin lograr que su voz tuviera nada más que un matiz desesperado, le dijo:

—Cuando haya terminado usted de levantar la mesa, friegue los platos.

—Perdóneme, Viviana, pero...

—¿Cómo se entiende? ¿Quién le ha dado a usted autorización para tratarme con esa familiaridad?

—Usted... Recuerde cuando bailamos en el hotel.

Viviana rió nerviosamente.

—¿Todavía se atreve usted a recordarlo?

—No lo podré olvidar en la vida.

Y, sin darse cuenta exacta de lo que hacía, se apoderó de sus manos y le dijo, mirándola a los ojos:

—La amaré siempre, siempre, y por encima de todo.

Viviana estaba también aturdida. No podía resistir serenamente la mirada de aquellos ojos que la habían hecho soñar.

Se dejó estrechar las manos, se dejó rodear por los brazos fuertes y queridos, se dejó besar. Fué un beso apretado, interminable, lleno de pasión.

En aquel preciso instante penetraron en el comedor el novio de Viviana y un oficial amigo suyo.

Los dos quedaron perplejos al ver a Viviana abrazada al asistente; pero el novio respiró al oír que ella protestaba cuando los labios del soldado la dejaron hablar.

—¿Cómo se atreve usted a ofenderme de este modo?

Era la disculpa de la mujer que comprende que ha dejado ir demasiado lejos a su corazón, pero los recién llegados no lo podían comprender.

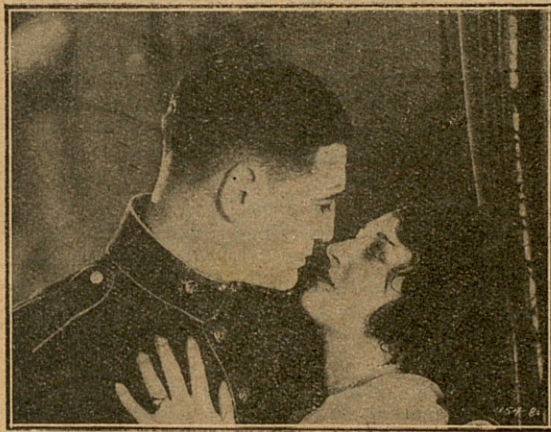
Por eso, el oficial se acercó al soldado y le

dijo con severidad que podía tomarse por amenaza:

—Preséntese inmediatamente a su sargento. Se le juzgará sumárisimamente.

* * *

El juicio sólo podía ser favorable al acusado en el caso de que Viviana le defendiera. Y



...se dejó rodear por los brazos fuertes y queridos...

esto era imposible. Además, él no lo hubiera consentido. Una palabra de descargo por parte de Viviana hubiera equivalido a confesar que dió pie para que él la besara, y eso significaba la deshonor para ella.

Cuando Mike se presentó al Tribunal hizo una declaración que sacó al abogado defensor de sus casillas.

—Así no hay medio de defenderle—le dijo cuando se hubo sentado—. Por no perjudicarla a ella se ha condenado usted a sí mismo.

Después fué llamada la víctima. Mostrábase ésta sumamente nerviosa. Quería quedar en buen lugar y evitar al mismo tiempo que se condenara a Mike. Estas dos pretensiones eran muy difíciles de conciliar.

El presidente del Tribunal la sorprendió con esta pregunta:

—Cuando la besó a usted el acusado, ¿lo hizo contra su voluntad?

Viviana trató de contestar con evasivas, pero el presidente precisó:

—Conteste usted sí o no.

Y ella no tuvo más remedio que contestar:

—Sí.

No por lo que le acarrearía, sino porque significaba el desamor de Viviana, aquella palabra fué un disparo certero contra el corazón de Mike.

Despechado, desesperado, se puso en pie y manifestó:

—Deseo asumir toda la responsabilidad del delito que he cometido.

Poco después se le condenaba a tres años de trabajos forzados.

* * *

Uno de los magistrados era íntimo amigo del padre de Viviana, y la joven lo esperó a la puerta de la sala. Después de haber declarado, y al conocer la sentencia, todo el valor de que antes careciera para decir la verdad, surgió ahora en su pecho, en un instante.

Por eso, cuando vió salir al magistrado, se abalanzó sobre él y le contó arrolladoramente toda la verdad. Tan culpable había sido ella como él. Al obligarla a responder sí o no, le habían impedido explicarse. Si no se rectificaba la sentencia, ella haría público que amaba a Moran y que había provocado aquel beso.

El magistrado comprendió la gravedad de la declaración, pero encontró la forma de arreglarlo todo del modo más sencillo posible.

—Nada tema usted, Viviana. Mike no será condenado. Hoy mismo parto para China con mis soldados. Haré que venga conmigo. La condena quedará suspendida y ya estudiaremos la forma de que se le rehabilite.

Y así sucedió; pero sin que Mike sospechara de dónde provenía la suspensión de la condena.

V

En una remota provincia del enigmático imperio amarillo, volvieron a reunirse todos los personajes de esta historia.

Es hora de decir que Viviana pertenecía al

servicio de aviación de los Estados Unidos, y que acompañaba a su padre en todas las campañas, por arriesgadas y duras que éstas fueran.

En cuanto a la pericia de la joven como aviadora, sólo diremos que fué la primera mujer que cruzó el Atlántico. Ya estaba cerca de las costas de Francia, cuando una avería del motor la obligó a descender. Se llevó un buen remojón y hubo de ser auxiliada por un buque que acertó a pasar por allí, pero ni un sólo segundo perdió la presencia de ánimo.

Esta memorable hazaña la reveló, no sólo como una gran aviadora, sino como mujer de valor extraordinario.

Cuando Viviana llegó al campamento, lo primero que hizo fué buscar al soldado Moran.

No lo encontró, pero sí a su inseparable amigo Swatty.

—¿Está con usted el soldado Moran? — le preguntó.

—No, señorita. Mike está desempeñando una comisión especial a varios kilómetros de aquí, y no regresará hasta el anoecer.

—Bien, pues haga usted el favor de decirle que sentí mucho que no me dieran oportunidad para declarar en su defensa.

—Así lo haré, señorita.

—Adiós, Swatty. Voy a realizar un viaje de reconocimiento sobre el campamento de Sung-Yat, nuestro enemigo más terrible.

En efecto, el general Sung-Yat era el más hábil rival de las tropas del general Marshall. Tenía una maravillosa intuición para la estrategia, y tantas veces como los americanos habían emprendido el ataque, habían encontrado una in-

franqueable barrera en la astucia de aquel hombre.

Pocos kilómetros les separaban del campamento de los chinos rebeldes, pero de nada les servía, ya que no había medio humano de llegar a ellos.

Viviana, que ya sabía lo que significaba Sung-Yat para las tropas americanas, se propuso hacer en seguida un reconocimiento sobre el campo donde se concentraban las huestes del chino e invitó a su novio a que la acompañara. Podría hacer una interesante información para su periódico.

El novio se vió precisado a aceptar. Lo contrario habría equivalido a reconocer demasiado francamente su cobardía.

Subieron, pues, al aeroplano de Viviana, y ésta despegó admirablemente.

Llegaron muy pronto al campamento de Sung-Yat y reconocieron los alrededores. Ya estaba todo hecho, ya tenía Viviana grabado en su memoria el plano del campamento inasequible, con sus montañas y sus desfiladeros, sus arroyos y sus lagunas, cuando se presentó un inconveniente inesperado para el triunfo completo de la empresa.

La esencia se les concluía.

Al saberlo, no supo el novio de Viviana disimular su inquietud. Ella le dijo:

—Llevo un depósito de reserva, pero tendré que aterrizar para hacer el cambio.

—Lo cual constituye un gran peligro. Pueden vernos descender, y entonces estamos perdidos.

—Y si no descendemos, nos estrellaremos indefectiblemente. La elección no es dudosa.

Y, viendo un llano circundado de gigantescos riscos, aterrizó en él y comenzó los trabajos para pasar de un depósito a otro la esencia.

Ya estaba todo listo cuando sonó un disparo de arma de fuego y vieron que de una parte del círculo de peñascos salía una nube de enemigos.

Comprendiendo que no tendrían tiempo de poner en marcha el motor del aparato, el novio de Viviana se dió a la fuga y consiguió escapar, ocultándose entre los riscos del otro lado de la llanura, en tanto la joven caía en poder del enemigo en el momento que se disponía a poner el aparato en marcha.

Viviana fué conducida a la tienda del mismo Sung-Yat. Era éste un hombre joven y de mirada astuta. Al ver a la joven aviadora, una misteriosa y ligera sonrisa animó un poco su rostro impasible.

—¿Quién eres tú, jovencita?

Viviana tuvo una rápida ocurrencia:

—Soy María Smith, mecanógrafa del hombre que vuestros secuaces dejaron escapar.

Viviana sabía que, meses atrás, un oficial americano cayó en poder de Sung-Yat y que el oficial escapó sobornando a sus carceleros y comprendió que, fingiéndose su mecanógrafa, el terrible chino no la mandaría matar en seguida, pues esperaba obtener de "María Smith" informes preciosos.

Sung-Yat no quedó en seguida convencido y comenzó a dirigir hábiles preguntas a la presunta mecanógrafa.

Entretanto, a media distancia de los campamentos rivales, el soldado Mike Moran trabajaba rudamente en la instalación de líneas telefónicas. Había siempre con él un centinela, no para vigilarle, sino para ayudarle en cualquier ataque imprevisto. Mientras él trabajaba, el centinela escudriñaba el horizonte. Las dos cosas a un tiempo no se podían hacer.

Ya estaba Mike muy fatigado, cuando llegó el automóvil con el centinela de relevo. Se realizó éste y entonces advirtió Moran que el nuevo centinela era su íntimo amigo Swatty.

Apenas hubo desaparecido el auto, Swatty le llamó:

—He de darte un recado.

—¿De quién?—preguntó Mike, dejando de trabajar.

—¿Te acuerdas de la hija del general?—preguntó Swatty a su vez.

—Después de lo que hizo, no quiero acordarme de ella.

—Está aquí.

Mike se impresionó.

—¿Ha venido?

—Va siempre con su aeroplano detrás de su padre.

—¿Y qué?—inquirió Mike ansiosamente.

—Me ha hablado de ti.

—¿De mí? Habla. ¿Qué te ha dicho?

—Que siente mucho que no le permitieran declarar en defensa tuya.

Mike no pudo ocultar la alegría que le producían estas palabras. Fué a decir algo, pero en este momento vieron aparecer al novio de Viviana, sudoroso, jadeante y sucio de polvo.

—Hemos tenido que aterrizar y los secuaces de Sung-Yat han hecho prisionera a Viviana.

Mike se puso en pie en una convulsión.

—¿Y la ha dejado usted allí sola, en poder del enemigo?

—He venido a pedir socorro para ella.

—¡Cobarde!—exclamó Moran.

Y dió un tremendo puñetazo en la mandíbula del novio de Viviana.

En tanto éste rodaba por el suelo, Mike se apoderó del arma de Swatty y salió de estampía, en dirección al campamento de Sung-Yat.

Por el camino formó sus planes. El comienzo de ellos era sencillísimo, pues consistía en hacer que lo cogieran preso, para que lo condujeran al lado de Viviana.

Se introdujo en el campamento, y pronto vió que varios fusiles le apuntaban.

Momentos después, se hallaba en la tienda de Sung-Yat. En un rincón estaba Viviana, después de un largo interrogatorio, del que el chino no sacó nada en claro.

Al verle, Viviana tuvo un gesto de sorpresa. Y aun fué ésta mucho mayor, cuando oyó que Mike, contestando a una pregunta de Sung-Yat, decía:

—Trataba de ganar la costa. Soy un desertor de las tropas americanas.

El general le miró fijamente, con sus ojillos oblicuos.

—¿Conoce usted a esta joven?—preguntó, señalando a Viviana.

Viviana se apresuró a decir, para que Mike la oyera:

—Ya le he dicho que soy María Smith.

—¿Y tú, qué dices?—preguntó Sung-Yat, sin apartar los ojos de Mike.

—Facílitame un guía que me acompañe a la costa, y le diré quién es esta joven.

—Tendrás lo que desees. Di quién es esta muchacha.

Viviana esperaba ansiosamente este momento. ¿Sería verdad que Mike era un desertor y que iba a traicionarla? Sintió como si le desgarraran el corazón, cuando oyó la respuesta de Moran:

—Es la hija del general Marshall, jefe de las fuerzas americanas.

Esta vez, la sonrisa del jefe amarillo fué mucho más viva. Hasta sus ojillos parecieron reír.

—Bien, muy bien... De aquí a la costa no hay más que diez millas. Te facilitaré un guía para que sepas que Sung-Yat cumple siempre lo que promete.

Y Mike salió en dirección de la costa, acompañado de un guía.

Poco más de un kilómetro habrían recorrido, cuando Mike se detuvo y se volvió instantáneamente, abalanzándose sobre el guía.

Después de derribarlo de un puñetazo, disparó varias veces el fusil del chino, y, dando un rodeo, volvió al campamento de Sung-Yat.

Como había supuesto, no había allí más que un chino: el que vigilaba a Viviana. Los demás, incluso el general, habían acudido al lugar donde se acababan de producir los disparos, creyendo sin duda que se trataba de toda la tropa del general Marshall.

Pensando estaba Viviana en lo que acababa de ocurrir hacía unos minutos y sentía un pro-

fundo pesar al comprender que Mike no la quería ni había podido quererla nunca, cuando en la tienda que le servía de prisión un arma blanca produjo una larga desgarradura y apareció el rostro del hombre en quien estaba pensando.

Viviana ahogó un grito de feliz sorpresa y él la llamó con la mano.

Cuando hubo salido la joven de la tienda, Mike le explicó:

—El único modo de salvarla, era alejando al enemigo de aquí...

—¡Gracias! ¡Gracias!... Yo quería decirle...

—Ya me lo ha dicho Swatty y yo le respondo que.. ¡la amo!

Se abrazaron; pero en seguida les volvió a la realidad el rumor de los pasos del centinela.

—Hemos de deshacernos de ese hombre—dijo Mike.

Y se deslizó a ras de la tienda, saltando sobre él en un momento oportuno.

También esta vez le bastaron los puños para inutilizarlo.

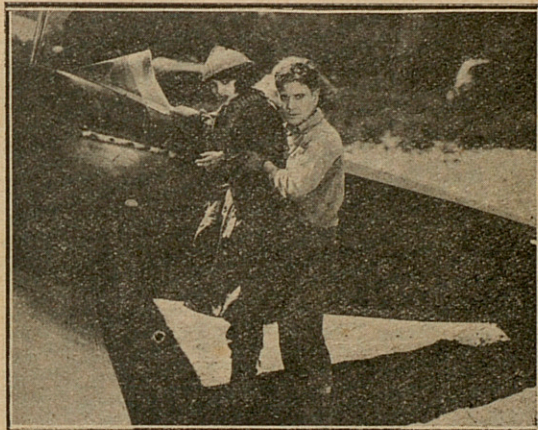
—Ahora, al avión—dijo Viviana—. No hay tiempo que perder.

En efecto, antes de que hubieran llegado al aparato, apareció por entre los riscos una especie de hormiguero humano. Eran las huestes de Sung-Yat, que ya estaban de regreso.

Viviana consiguió subir al avión, pero a Mike se lo impidió un certero balazo que le perforó el hombro.

No obstante, dijo por señas a la joven que se alejara, y ésta, comprendiendo que nada adelantaría permaneciendo a su lado, emprendió el vuelo.

Por el camino se encontró con las tropas de su padre, que se dirigían hacia el campamento de Sung-Yat. Al distinguir a su novio entre los soldados, todo lo comprendió Viviana. Su novio, después de avisar a Mike de que estaba prisio-



Viviana consiguió subir...

nera, había ido a comunicarlo al campamento, y toda la tropa se puso en camino para rescatarla.

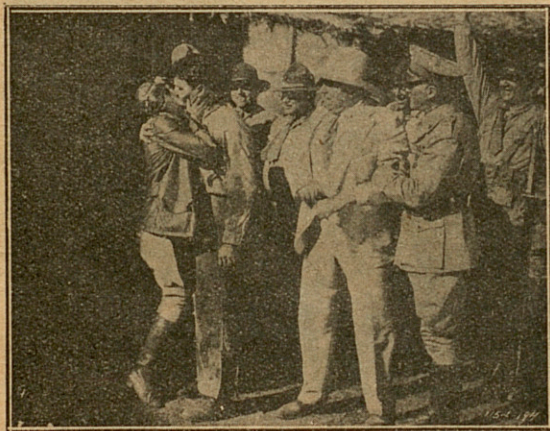
Hizo señas a sus amigos de que la siguieran, y volvió hacia el campamento de Sung-Yat. Ella sabría por dónde conducirlos para que la victoria fuera segura y se pudiera rescatar a Mike.

Todo sucedió de acuerdo con los deseos de Viviana. Los chinos fueron ahuyentados y rescatado Mike.

Este se olvidó de su herida al ver las aten-

ciones que todos, incluso el general, le prodigaban.

Pero le esperaba una alegría mayor. A través del círculo que soldados y oficiales habían formado a su alrededor, un hombre se abrió paso y llegó hasta él. Era su tío.



...de los brazos del tío pasó a los de Viviana.

—Me enteré de que estabas aquí, y he venido para saber qué comportamiento observabas. El azar ha querido que llegara en el momento en que tú has sabido demostrarnos a todos que eres un hombre de veras. ¡Bravo, muchacho! Tienes en mí un amigo.

Y de los brazos del tío pasó a los de Viviana, la cual estaba empeñada en que todos vieran

cómo el soldado Moran besaba a la hija del general.

Pero nadie lo vió, porque todos, prudentemente, volvieron la cabeza.

Y el que hasta hacía unas horas había sido novio de Viviana, tuvo que ver y callar. Así pagó su cobardía.

F I N

Ha sido revisado por la Censura



Lujosa nueva colección de novelas, con postal regalo.

La Novela Americana Cinematográfica 30 cts.

Le interesa
30 cts.

La Novela de la Mod'stíl'a

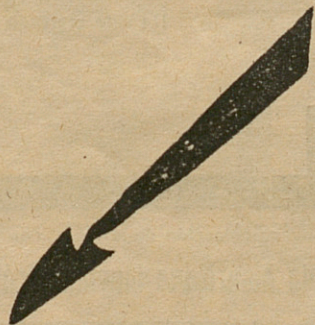
NO SE OLVIDE DE

La Novela del Chofer 30 cts.

La mejor publicación de novelas modernas



HOY se ha puesto a la venta
en las selectas *Ediciones Especiales* de
La Novela Semanal Cinematográfica
DE



La Melodía del Amor

Por Lupe Velez, Jetta Goudal
William Boyd

Precio: Una peseta

De interés para todos, especialmente para los padres

Ediciones BISTAGNE

pondrá muy en breve a la venta una publicación semanal dedicada a los niños, pero que los propios padres leerán con deleite, cuyo título es:

El Cuento Seleccionado

Su precio será de 15 céntimos
y todos los asuntos que se publiquen tendrán un alto valor educativo.

Inmejorable presentación

¡El mejor cuento del hogar!

¡15 céntimos!